



Capítulo 256 - Puedes llorar ahora, cariño.

"Cuando nos vayamos de aquí...", empezó Raphaeline con voz casi vacilante. Su mirada estaba perdida, fija en un punto cualquiera del techo, mientras su dedo recorría distraídamente el pecho de Vergil.

Parecía insegura, como si se preguntara si realmente debía decir lo que pensaba.

Vergil permaneció en silencio, sintiendo la ligera presión de su toque pero sin interrumpírsela.

"¿Seguiremos con esto?", preguntó, bajando un poco la voz al final de la frase, como si temiera la respuesta. "¿O volverás a tratarme como un monstruo y a fingir que no ha pasado nada delante de los demás?"



Esta vez, ella no lo miró.

En cambio, permaneció acostada sobre su pecho, evitando su mirada como si la respuesta pudiera dolerle más de lo que estaba dispuesta a admitir.

El silencio que siguió no fue cómodo.

En la mente de Raphaeline, innumerables posibilidades se formaron y se disolvieron en un torbellino de emociones.



No debería importarle tanto. No debería sentir esta ansiedad creciendo en su interior. Pero, contra toda lógica, allí estaba... esperando, dudando, anhelando.

Después de todo, este encuentro había sido algo más allá de lo que ella esperaba.

Cada paso, cada lugar, cada pequeño detalle... Todo había sido meticulosamente planeado por ella.

Pero en el fondo, había algo que nunca admitiría.

Ella había estado allí antes.

Muchas veces, solo.

Esas calles, esas luces, esos momentos que ella pretendía que eran espontáneos... Eran ecos de algo que Raphaeline había estado intentando recuperar durante mucho tiempo.

Venir a Japón fue una forma de sentirse más cerca de su madre.

Incluso después de más de mil años.

Había vivido eras enteras, había presenciado la caída de imperios y el surgimiento de civilizaciones.

Desde la era Heian, cuando todo comenzó.





Y a lo largo de todos esos siglos, una única obsesión había permanecido con ella.

Espadas.

Un legado de su madre.

Algo que se convirtió en algo más que una fascinación después de su muerte.

Algo que la consumió.

Por un segundo, un breve y frágil segundo... La pregunta que acababa de hacerle a Vergil la arrastró a un lugar distante.

Un lugar que ya apenas recordaba.

La lluvia caía suavemente sobre el gran patio de piedra del clan Baal, y su rítmico sonido llenaba el solemne silencio de la noche. Pequeños charcos se formaban entre los escalones del templo, reflejando el tenue resplandor de las linternas. El aire traía el aroma a tierra mojada e incienso ardiendo en algún lugar lejano, pero a Raphaeline no le importaba nada de eso.

Sentada en el último escalón, la niña de doce años se abrazó las piernas, hundiendo el rostro en las rodillas. Su pequeño cuerpo temblaba levemente, no por el frío, sino por el peso del miedo y la angustia que la embargaban.

La imagen todavía estaba vívida en su mente.

El sonido del metal cortando la carne.





El grito ahogado.

El olor metálico de la sangre mezclado con la lluvia.

Ese mismo día, uno de los guerreros del clan había resultado herido mientras entrenaba con su espada. Un golpe errado, una espada que se volvió contra él... y entonces, el carmesí se extendió por el suelo.

Rafaela lo había visto todo.

Y desde entonces, su pecho se sentía apretado, como si una mano invisible lo estuviera aplastando.

Ella odiaba ese sentimiento.

Ella odiaba la espada.

Odiaba el hecho de que, un día, tendría que manejarlo ella misma.

Las lágrimas rodaron silenciosamente por su rostro cuando unos suaves pasos resonaron en el pasillo. Ese sonido suave y familiar que siempre la reconfortaba.

"¿Rafaelina?"

La dulce y serena voz hizo que la niña levantara lentamente la cabeza.





Allí, de pie en lo alto de la escalera, estaba su madre.

Su largo cabello negro estaba ligeramente húmedo por la humedad de la noche, y su kimono blanco y dorado se mecía suavemente con la brisa. Irradiaba un aura de gracia y autoridad, pero sus ojos... sus ojos eran amables, llenos de preocupación.

Raphaeline se mordió el labio, tratando de contener las lágrimas, pero en el momento en que vio a su madre acercarse y arrodillarse ante ella, todo se derrumbó.

"Mamá..."

La mujer sonrió suavemente, pasando una mano por el cabello húmedo de su hija.

"¿Qué pasó, mi pequeño?"

La simple pregunta hizo que Raphaeline apartara la mirada, sintiendo que la vergüenza le ardía en el rostro. No quería parecer débil. No quería admitir que tenía miedo.

Pero su madre esperó, paciente, sin prisa.

Y entonces, con voz temblorosa y tranquila, Rafaela finalmente murmuró:

"Yo... tengo miedo a las espadas."

El viento soplaba suavemente, como si el mundo mismo se hubiera detenido a escuchar esa confesión.





La madre de Raphaeline parpadeó, sorprendida, pero no respondió de inmediato. En cambio, miró hacia el cielo nublado, como si eligiera cuidadosamente sus palabras.

Raphaeline continuó, con el miedo derramándose en su voz:

Hoy... uno de los guerreros resultó herido... Y había tanta sangre... cayó al suelo, agarrándose, pero seguía sangrando... y... y todos seguían mirando.

El recuerdo la hizo estremecer nuevamente y su madre, al verlo, la envolvió en un delicado abrazo.

Por un momento, Raphaeline cerró los ojos, dejándose perder en esa calidez.

Esperaba que su madre dijera algo para ahuyentar el miedo. Que le dijera que las espadas no eran tan peligrosas, que algo así nunca volvería a ocurrir.



Pero las palabras que vinieron fueron diferentes.

"Tienes razón en temer a la espada, querida mía."

Los ojos de Raphaeline se abrieron de sorpresa.

"Porque una verdadera espada nunca perdona."

La niña se apartó ligeramente para mirar a su madre a los ojos.



—Entonces... ¿por qué todo el mundo sigue usándolos? ¿Si son tan peligrosos?

Su madre sonrió, pero había algo melancólico en esa sonrisa.

"Porque a veces, el peligro no se puede evitar... Solo controlar."

Entonces extendió la mano y Raphaeline sintió los cálidos dedos de su madre tocar su mejilla.

Y por eso, un día, mi pequeña Rafaelina, tú también empuñarás una espada. No para temerla, sino para dominarla. Para que nunca más tengas que temer.

Raphaeline tragó saliva con dificultad, sin saber qué decir.

Las palabras de su madre resonaron en su corazón.

"Ven", dijo, poniéndose de pie y extendiéndole la mano a la niña. "Mami te mostrará su mayor tesoro".

Raphaeline dudó por un momento, el miedo todavía se aferraba a su corazón, pero luego tomó la cálida mano de su madre.

Caminaron por el largo pasillo del templo; sus pasos resonaban suavemente en el silencio de la noche. La niña no sabía adónde iban, pero la reconfortante presencia de su madre a su lado le impedía hacerse preguntas.

Finalmente, llegaron a los aposentos privados de la mujer. Raphaeline había estado allí antes, pero nunca más allá de lo que le permitían ver. Su madre se acercó a un rincón de la habitación y deslizó la mano por la pared de madera. Con un sutil clic, un panel oculto se movió, revelando un pasadizo secreto.





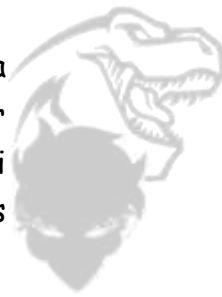
Los ojos de Raphaeline se abrieron de par en par.

Sin decir palabra, su madre la condujo al interior. El estrecho pasillo estaba tenuemente iluminado por pequeños faroles colgantes que proyectaban sombras danzantes en las paredes. El aire dentro era diferente: más denso, cargado de algo antiguo y profundo.

Y entonces, cuando llegaron al final del pasillo, su madre empujó una gran puerta de madera oscura.

Raphaeline contuvo la respiración.

Ante ella se alzaba una cámara oculta, un santuario que parecía existir fuera del tiempo. Las paredes estaban revestidas de vitrinas, y en su interior reposaban cientos de espadas. Algunas antiguas, otras relucientes como si hubieran sido forjadas el día anterior. Cada una diferente, pero todas emanaban una presencia única.



Raphaeline sintió que su corazón se aceleraba.

Su madre le soltó la mano y dio un paso hacia adelante, extendiendo los brazos.

«Este es mi tesoro». Su voz estaba llena de orgullo y algo más... nostalgia. «La colección de espadas que he acumulado a lo largo de mi vida».

Rafaela miró todas esas espadas y sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Pero su madre se acercó y se arrodilló ante ella, con los ojos llenos de ternura.



"Raphaeline..." Sonrió como si estuviera a punto de compartir un preciado secreto. "Nunca te dije mi verdadero nombre, ¿verdad?"

La niña parpadeó.

"Tu nombre es... madre."

La mujer rió suavemente.

—Sí, pero antes de ser tu madre, yo era...

Se puso de pie y miró las espadas que la rodeaban, pasando la mano sobre una antes de continuar.

"Soy Ameyuki Baal, el maestro de este clan."

Los ojos de Raphaeline se abrieron de par en par. Su madre nunca había pronunciado su nombre así, con tanta solemnidad.

Ameyuki caminó hacia uno de los estantes y tomó una espada de hoja negra, sosteniéndola frente a Raphaeline.

Cada una de estas espadas tiene una historia. Todas representan un equilibrio entre el amor y el odio, entre la vida y la muerte. Yin y Yang. —Pasó suavemente los dedos por la hoja—. Algunas fueron empuñadas por héroes. Otras, por tiranos. Pero al final, todas son solo espadas. Son las manos que las sostienen las que definen lo que serán.





Luego caminó hacia el centro de la habitación, donde había una espada separada del resto.

Raphaeline sintió que se le cortaba la respiración.

A diferencia de las demás, esta espada se exhibía sobre un soporte de madera oscura, rodeada de un tenue resplandor dorado. Su hoja parecía forjada en el mismísimo cielo nocturno, de un negro tan profundo que se reflejaba como un espejo. La empuñadura estaba envuelta en tela roja oscura, y la guarda tenía un diseño intrincado, como un yin-yang estilizado.

"Esta..." Ameyuki miró el arma con reverencia. "Esta es la espada del maestro del clan Baal."

Raphaeline sintió un escalofrío recorrer su columna.

Ameyuki extendió su mano y colocó sus dedos sobre la hoja.

Esta espada es un legado. Transmitida de generación en generación, solo a quien demuestra ser digno de empuñarla. Ha presenciado guerras, cambios de era... y también ha protegido a quienes amamos.

Luego miró a Rafaela.

"¿Crees que esta espada es malvada, querida mía?"

Raphaeline se mordió el labio, mirando la espada. No supo qué responder.

Ameyuki sonrió suavemente.





Las espadas no son ni buenas ni malas. Simplemente existen. Lo que realmente importa... —Se arrodilló junto a su hija, colocando una delicada mano sobre su pecho— es lo que existe aquí dentro.

Raphaeline miró hacia sus pies, perdida en sus pensamientos.

Había sentido miedo al ver a alguien lastimado. Pero... ¿y si la espada también se usaba para protegerse?

¿Qué pasaría si pudiera aprender a controlarlo, a dominarlo, para no tener que temerlo nunca más?

Ella levantó la mirada hacia su madre.

"¿Puedes... enseñarme?"

Los ojos de Ameyuki se suavizaron y una suave sonrisa se formó en sus labios.

"Por supuesto, mi pequeño."

En ese momento, Raphaeline no lo sabía, pero un nuevo camino se había abierto ante ella. Un camino de espadas y sombras, de amor y pérdida.

Y en ese salón oculto, rodeada de espadas antiguas y la mirada amorosa de su madre, el miedo que una vez consumió su corazón comenzó a desvanecerse lentamente.





—Puedo verlo todo —murmuró Vergil, con la voz cargada de profunda comprensión mientras navegaba por los recuerdos de Raphaeline.

Vio a la niña llorando en las escaleras del clan Baal. Sintió su miedo, su inseguridad. Vio la figura de su madre, fuerte e imponente, pero llena de ternura, guiándola por el camino de las espadas. Y entonces, vio el momento en que la admiración se convirtió en obsesión... el momento en que Raphaeline empezó a cargar con un peso que quizás nunca estuvo destinado a ser suyo.

Cuando sus ojos volvieron al presente, ella estaba acostada sobre él, en silencio, pero su cuerpo temblaba levemente.

Vergil pasó su mano por su cabello negro, sintiendo la suave textura deslizarse entre sus dedos.

"Ahora te entiendo", dijo suavemente.

Raphaeline no respondió, pero sintió cuando su rostro se enterró un poco más contra su pecho.

Amabas tanto a tu madre... tanto que confundiste su legado con una obsesión. Te apegaste a las espadas, pusiste su carga sobre tu propia hija... y sobre ti mismo.

Sintió algo cálido y húmedo tocar su piel.

Vergil suspiró suavemente y continuó acariciando su cabello, su toque ligero y reconfortante.

—Ya puedes llorar, cariño. —Su voz era baja, casi un susurro.



Por un momento, sólo el sonido de su respiración llenó la habitación.

Y entonces, como si se hubiera roto una presa, Raphaeline se apretó contra él, sus hombros temblando mientras las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo finalmente encontraron la salida.

